

El cerebro femenino

Louann Brizendine, Barcelona, RBA, 2008

Louann Brizendine, doctora en medicina y neuropsiquiatra con veinte años de experiencia clínica, ha escrito un libro desmitificador, solidamente argumentado y de una claridad muy de agradecer sobre un tema espinoso: las diferencias cerebrales entre la mujer y el hombre y cómo influyen en el comportamiento de ambos sexos.



El tema se las compone porque traer a colación la biología para ponerla en contacto con el estudio del comportamiento de las mujeres y de los hombres puede ser fuente de malentendidos para los que leen a través de sus prejuicios. En este caso el problema no sería el tema que nos plantea Louann Brizendine, totalmente razonable y pertinente, sino las ideas preconcebidas de lectores de mentalidad agarrotada que leen mayormente para reforzar sus opiniones por muy descarriadas que resulten. Porque hay dos tipos de lectores, los que leen para aprender lo que no saben y los que leen para confirmar lo que creen que saben. Los primeros leen con humildad, en cambio los segundos hacen exégesis, que todo lo puede. Pero no nos alejemos de nuestra tarea con más disquisiciones tangenciales y vayamos al meollo.

La doctora Brizendine nos dice que los cerebros de los hombres y de las mujeres no son iguales y que esa diferencia tiene como origen que los códigos genéticos de mujeres y hombres son distintos en menos de un 1%. Ese pequeño porcentaje de diferencia tiene una enorme importancia. Hasta la octava semana de vida fetal todos los cerebros son femeninos, y a partir de ese momento casi la mitad se vuelven masculinos debido a los aportes que reciben de testorena. Aproximadamente la otra mitad seguirán siendo cerebros femeninos, a lo que se añade una pequeña fracción de cerebros sexualmente orientados hacia los hombres en cuerpos de hombres y cerebros orientados sexualmente hacia las mujeres en cuerpos de mujeres (el porcentaje de los primeros es el doble que el de los segundos.) Una de las consecuencias de esta realidad es que darle a una niña juguetes neutrales en cuanto al género no cambia su comportamiento e igual pasa con los niños (cosa muy distinta ocurre con los juguetes sexistas, que hay que rechazar de plano.) Otra consecuencia que se deriva de lo anterior es que tratar el tema de la homosexualidad como una enfermedad o como una perversión moral es pura insensatez propia de machistas o de beatos.

El cerebro femenino está muy profundamente afectado por los ciclos hormonales de forma que puede hablarse de que las mujeres fabrican una realidad femenina. Como las variaciones hormonales de las mujeres son mucho más intensas que las de los hombres, la realidad neurológica de las mujeres es menos constante que la de los hombres. Las disimilitudes cerebrales entre sexos hacen que los hombres y las mujeres tengan diferentes sensibilidades cerebrales ante el estrés y el conflicto, y que utilicen diferentes áreas y circuitos para resolver los problemas, procesar el lenguaje y experimentar y almacenar las emociones intensas. Además, mujeres y hombres procesan de manera distinta los estímulos y no juzgan de igual modo lo que otros sienten. El cerebro femenino está mejor dotado para algunas habilidades que el masculino y viceversa. Además sus reacciones no siempre coinciden. Una conclusión muy importante de todas las investigaciones consiste en que de las diferencias de la arquitectura cerebral nunca debe deducirse la idea de la superioridad de un género sobre el otro.

La parte del libro que trata del envejecimiento del cerebro femenino resulta muy conmovedora porque nos describe cómo comienza a deteriorarse una estructura tan maravillosa, y cómo repercute ese desgaste en el comportamiento y en las capacidades de las mujeres. En ese capítulo la autora plantea su lucha contra el envejecimiento del cerebro femenino defendiendo la terapia hormonal como un posible alivio, a pesar de la polémica científica que conlleva esa práctica.

La doctora Brizendine sostiene que la personalidad humana se fundamenta en cuatro pilares: la genética, las hormonas, la socialización y el aprendizaje o experiencia. Sabemos que la interacción de estos cuatro elementos es muy compleja y que, en consecuencia, las interpretaciones unilaterales del comportamiento humano no son válidas. Por ejemplo, la experiencia, la socialización y el aprendizaje, al igual que las hormonas, cambian los circuitos cerebrales. Por lo tanto, afirmar que estamos determinados genéticamente es falso. Pero igual de erróneo es sostener que las diferencias entre sexos no son significativas a la hora de entender el comportamiento humano. Gracias a la flexibilidad del cerebro sobrevivimos como especie y en su plasticidad han quedado grabados los comportamientos masculino y femenino que han tenido más éxito para la perpetuación de la especie.

Afortunadamente, las mujeres y los hombres no somos idénticos. Millones de años de evolución y de aprendizaje han forjado esa condición. Esta realidad no es incompatible con el hecho de que en nuestra sociedad hayamos llegado al convencimiento de que las diferencias no nos hacen distintos ni en derechos ni en consideración moral. Bien al contrario, las diferencias refuerzan esta convicción.

Leyendo libros como este nos conoceremos mejor, nos respetaremos más y mejoraremos las relaciones entre mujeres y hombres que falta hace.

La doctora Brizendine está preparando su próximo libro que seguro será tan interesante como este. ¿Adivinan el título? *El cerebro masculino*.

Emilio Alvarado Pérez